

1982

La poesía peruana, es —qué duda cabe— una de las más ricas, profundas y renovadoras de la lengua castellana. Produce voces personales y reconocibles a un ritmo constante. Una lista se haría interminable, pero conviene recordar que con sólo inventariar los últimos cincuenta o sesenta años, aparecerían los nombres de creadores de la talla de César Vallejo, Adolfo Westphalen, Carlos Germán Belli, o Antonio Cisneros, enormes poetas cuya obra es reconocible a gran distancia. Manuel Pantigoso es otro árbol que hace honor a esa herencia y aparece con un carácter personal, alejado de las influencias que muchas veces producen las tupidas sombras. Poeta tardío, viene publicando a buen ritmo desde su inicial "Salamandra de Hojalata" en 1977, al que siguieron "Sydal" el año siguiente, "Reloj de Flora" en 1981, y ahora este "Contrapunto de la Mitomanía".

Toda su obra se caracteriza por un tono unitario totalizador en donde lo sonoro verbal juega un papel protagónico, pero engarzado en un ámbito mítico en el que los elementos de la naturaleza, en especial los vegetales, aparecen de manera obsesiva en una suerte de decorado constante. Configurando un todo, la palabra se suelda, se funde en el paisaje, no como mera descripción sino como una forma de indagación, de descubrimiento. Es como si de alguna manera secreta el poeta —que intuye el lugar de las cosas— pudiera descubrir su auténtica situación nombrándolas.

Ese poeta superlativo que es Carlos Germán Belli, sin duda alguna uno de los inventores que ha dado este siglo en lengua castellana —tan poco conocido en España— ha señalado respecto a "Reloj de flora" que allí se celebra la boda de la botánica con el verbo, donde la horticultura parece que primara sobre la prosodia y las

Horacio Salas y Antonio Amado hablan sobre "Contrapunto de la Mitomanía"



Los críticos literarios Horacio Salas y Antonio Amado, presentando en Madrid, el último libro de poesías de Manuel Pantigoso.

verdes páginas mudaran en parques o invernaderos.

El destino de las plantas se yuxtapone al del poeta en todos los actos de la vida, de los que él da fe con fervor. Estas palabras son válidas también para este libro, en donde en una ceremonia de iniciación en una génesis simbólica, la música pasa a convertirse en el elemento que ordena el caos. Mediante el contrapunto, las cosas y los hechos aceptan colocarse dentro de

una estructura armoniosa que da como resultado un libro difícilmente fragmentable. Porque "Contrapunto de la Mitomanía" —más allá de notables resplandores— tiende a perder su sentido más profundo y totalizador si se lo cita parcialmente. Las obras arquitectónicas precisan de la armonía del conjunto y éste es el caso de este libro singular. Sin embargo, no puedo resistir la tentación de mencionar algunas imágenes que actúan como

un "zoom" sobre la realidad, como si de pronto la magia verbal nos permitiese ajustar un microscopio múltiple, un "aleph" diría Borges, que descubriese historias, sueños, instantes superpuestos. Así pueda escribir:

"El eco es-capa y desabriga /
y un pasajero detiene al tren
en la dirección contraria y
silba y arde de espaldas/
sus ilusiones/
y los turistas enmohecidos y a tientas/
sin poder soportar la resolana/
apiñados/
juntan sombras en su propia ciudad/
los azogados/
y de la oscuridad corren para no sentir/
la soledad en cada plaza".

o anota con lúcida intuición:
"las aves en la acequia se cortejan
porque tienen el corazón a la intemperie".

o en un verso de clara filiación erótica descubre:

"escrespada selva/ abismo
toda la claridad que se derrama
desplegado el verso/
raso/
sembrado en los andenes/
en la madriguera de tu cuerpo/
escarbo mi corazón que se quedó
sin sueño".

Mito de la iniciación de la vida, estructura musical, lenta agregación de los colores latido de la naturaleza en las palabras, el resultado es como su mismo autor describe:

"la calma
tobogán después de la tormenta
al pie de Machu Picchu
despejado".

HORACIO SALAS